

TRIBUNA

El regreso de la FAI

Una plataforma internacionalista recupera las siglas de la legendaria facción anarquista

ANTONIO ELORZA | 21 NOV 2013 - 00:01 CET

Archivado en: Opinión Buenaventura Durruti CNT Ken Loach Guerra civil Sindicatos Segunda república española Violencia callejera Guerra Sindicalismo Desórdenes públicos Delitos orden público Conflictos Relaciones laborales Historia contemporánea Delitos Política Historia Trabajo Justicia

Tal como están las cosas, no es extraño que se registren brotes terroristas, ni que sus protagonistas busquen viejas siglas cuyo prestigio les legitime. Ya en los años setenta, al fusionarse dos grupúsculos franceses partidarios del terrorismo, tomaron por nombre Acción Directa, la táctica que desde principios de siglo patentara el sindicalismo revolucionario. Fue la misma transfiguración realizada por los maoístas que en Chiapas crearon el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, haciendo suyo el nombre del líder de la revolución mexicana. Ahora se trata de que la FAI, la Federación Anarquista Ibérica, vuelva a la vida, impulsada desde una plataforma internacionalista, la FAI/ FRI, cuyos efectos empiezan a sentirse en España.

A favor de ese propósito interviene la leyenda dorada que ha envuelto durante las últimas décadas al anarquismo español, y en particular a la FAI. Frente a la perversidad en la Guerra Civil del falso revolucionarismo del PCE, se encontraría la auténtica revolución encarnada por el anarquismo (y el POUM) que los estalinistas lograron abortar. Son las imágenes de Blanca asesinada por ellos en *Tierra y Libertad*, de Ken Loach, rubricando el fin de la ejemplar Disneylandia colectivista que los agricultores establecieron en el curso de su asamblea. Según explicaba el veterano propagandista ciego Félix Carrasquer en Madrid a los estudiantes de un colegio mayor durante la Transición, en el proceso colectivizador aragonés, tal era el entusiasmo que ni los propietarios pudieron resistirse a “la coacción moral”. Lástima que Líster destruyera luego las colectivizaciones, hasta llegar al extremo, precisó Carrasquer, de “devolver las tierras a las viudas de los propietarios”.

Al margen de las simplificaciones, cuenta que el anarcosindicalismo desplegó en España una cultura propia, alcanzando a formar en muchos lugares una microsociedad alternativa, basada en la fraternidad, en la educación racionalista, en el universalismo, en el culto a la naturaleza, sin olvidar la atención a problemas acuciantes para las clases populares, tales como las relaciones sexuales y el control de la natalidad. Minoritaria y en contraste con el machismo dominante, la afirmación de género tuvo una brillante expresión en el movimiento de *mujeres libres*. Eran rasgos que podían apreciarse sin dificultad al entrar en contacto con los supervivientes de la guerra en los años setenta. La dimensión utópica constituyó un componente natural de nuestro anarquismo.

El legado de esta agrupación tiene poco que ver con la creatividad del sueño libertario

Sería un error, sin embargo, contemplar su historia política como una proyección inmediata de esa mentalidad libertaria. Desde los días de la gran guerra, cuando realmente se consolida orgánicamente la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), bajo el rótulo del “sindicalismo”, la acción directa se tiñe de violencia y el pistolero acaba siendo un componente inseparable de las luchas sociales, con la contrapartida de otro pistolero, el patronal, apoyado este en las instituciones del Estado. El virreinato criminal de Martínez Anido culminó esa deriva entre 1920 y 1922 y el asesinato de Salvador Seguí en marzo de 1923 anuló la posibilidad de un anarcosindicalismo asentado sobre una política de la CNT en el marco de la izquierda democrática. Llegó entonces el

momento de la lucha a muerte, que desde 1923 encabezan los autotitulados “reyes de la pistola obrera”, integrantes del grupo Los Solidarios en torno al núcleo dirigente formado por Durruti, García Oliver y Francisco Ascaso, luego llamados *los tres mosqueteros*. Eran, añade el segundo, “los mejores terroristas de la clase trabajadora”: asesinos, atracadores en gran escala e inspirados en un anarquismo ortodoxo inspirado en Bakunin, confiando hasta 1936 —incluida la delirante invasión por Vera de 1924— en que la insurrección popular respondiese al detonante activado por la minoría anarquista.

A su lado intervino la presión de los grupos anarquistas por hacer efectiva su hegemonía sobre la CNT frente a la autonomía sindical. Para garantizar ese predominio nace la FAI en 1927, siendo la llegada de la Segunda República el momento de pasar a la acción contra los moderados que aún controlan el sindicato. La presentación en sociedad de la FAI, con García Oliver al frente, se hizo a tiros en Barcelona, el Primero de Mayo de 1931. La espiral acción-represión-acción les dará en 1933 el poder en la CNT, en nombre de la FAI (por encima de problemas formales: *los tres mosqueteros* no necesitaban un carné para mandar), de modo que la organización militar en su mano, los Cuadros de Defensa, desencadene el ciclo insurreccional de 1933, con García Oliver y Durruti al frente. Desastres salvados ante la opinión pública por el impacto de la matanza de Casas Viejas. Antes que espontaneidad revolucionaria, hubo “anarco-bolchevismo”.

Julio de 1936. La “zarandeada” República tuvo a su lado a la CNT-FAI. Pero el precio pagado fue alto: en los meses de plomo de la gran represión de 1936 en Cataluña, al frente de las “patrullas de control”, instrumentos del terror, encontramos por la FAI al cuarto mosquetero, Aurelio Fernández, cerca de García Oliver. Fueron “días de euforia criminal”, explicó Joan Manent, secretario de Joan Peiró, el ministro de la CNT que denunciara ese “peligro en la retaguardia”. El legado de la FAI tiene poco que ver con la creatividad del sueño libertario.

Antonio Elorza es autor de *Anarquismo y utopía* (Cinca, 2013).